

Mimesis de plenilunio

Tenían guantes blancos, la cara pintada del mismo color y unos ojos grandes y expresivos. Cuando llegué a la plaza desde el mar, después de atravesar dificultosamente ese otro mar de transeúntes que erosionaba helados con la lengua, pulóveres en oferta con la mirada y, de tanto ir y venir por esa calle peatonal, hasta las suelas de sus zapatos, la luna ya asomaba su mejilla de mujer justo detrás de la gran torre de la basílica que presidía la plaza, y los cuatro mimos, todos vestidos de negro, ocupaban cuatro respectivos baldosones blancos en el amplio patio abierto que parecía un tablero de ajedrez. Permanecieron algunos minutos quietos, esculturales, sin siguiera parpadear, mientras iba congregándose a su alrededor un curioso público de turistas -que es el mejor dispuesto a la atención y al aplauso cuando de espectáculos gratuitos se trata-, uno de los cuales era yo. Los actores, sin embargo, parecían ajenos a la multitud que murmuraba impaciente en torno suyo, perseverantes en su inmovilidad como cuatro santos de piedra custodiando el templo, que elevaba detrás de ellos su solemne arquitectura. Irritada por la espera, una parte del público se disgregó, y si yo no me fui en ese momento fue tal vez por la misma razón que instó al resto de la gente a quedarse, algo que difícilmente puedan describir estos garabatos, porque no eran los ojos de esos mimos, que sin duda eran profundos e intrigantes, ni sus manos blancas pendiendo como guantes vacíos, los que sugerían la inminente revelación de un misterio; más bien era su sola presencia delante de esa iglesia, en el centro de esa plaza, a las once campanadas de esa noche, lo que invitaba a quedarse.

Fue súbito. Uno de los mimos inclinó con suavidad la cabeza hacia un lado, posándola sobre su hombro, y eso bastó para que un silencio hegemónico dominara el aire tan de repente que interrumpió el llanto de un bebe y truncó la concreción de un estornudo. Dispuestos los cuatro mimos en hilera, los otros tres imitaron uno por uno aquel movimiento, y el último de ellos invirtió la inclinación de la cabeza hacia el otro lado, lo cual fue repetido por los otros, y al volver la iniciativa al primero de la hilera, éste agregó un nuevo

movimiento, que consistió en elevar lentamente ambos brazos y extenderlos paralelos en la dirección en que estaba ladeada la cabeza, para comenzar un suave vaivén al que se sumaron los otros tres actores, mientras los cuatro iban cediendo su cuerpo a una oscilación levísima al principio, más evidente después, y el impulso pasaba de un actor a otro sin interrumpirse, continuo, hasta que los cuatro mimos ya no eran cuatro sino un solo cuerpo pendular inclinándose cadenciosamente hacia un lado y al otro, como una arboleda hamacada por la brisa o el rítmico oleaje de un océano. Si yo no hubiese estado aquella noche en esa plaza y alguien me contara lo que sigue, seguramente le atribuiría una imaginación fenomenal o bien aduciría como inspiradora de semejante relato una mamúa padre que le hizo perder aquella noche el sentido de verticalidad. Tan inverosímil resulta el que todos los que mirábamos el número, involuntariamente contagiados del balanceo de los mimos, osciláramos placenteros y lúdicos al ritmo impuesto por los actores, ya no como Fulano de Tal, de elegante sport y rodeado por familia tipo, mirando un espectáculo callejero, ya no como Sutanita de Cuál, adolescente y minifalda azul, que antes de ir al boliche se paró a ver a unos mimos, ya no como este Alejandro, que ahora cuenta un episodio de sus vacaciones en Mar del Plata, sino como meros sumandos de una masa homogénea y total, llevada y traída por cuatro hombrecitos con la cara pintada de blanco.

Sentí vértigo, ese raro temor que sin duda tiene una cuota de placer, y aunque me daba cuenta de todo lo que pasaba -al menos eso suponía-, en verdad estaba en un estado de semi-vigilia, al igual que todos los demás, porque bastaba ver las caras de la gente para vislumbrar en ellas un semblante de sonámbulo feliz. De repente, uno de los mimos se alejó algunos pasos de los otros tres y de espaldas al público comenzó a aplaudir. Un segundo mimo se sumó al aplauso, y después el otro, hasta que solamente quedó en el centro del patio un mimo aplaudido por los otros tres, y cuando éste se sumó al grupo de los que aplaudían, los cuatro, sonrientes, se dieron vuelta hacia nosotros sin dejar de palmotear, provocando la reciprocidad de nuestro aplauso. Había terminado una

parte del espectáculo, y por la presión creciente sobre nuestras espaldas, los que estábamos en las primeras filas sentíamos cómo crecía el número de espectadores y se achicaba el espacio circular en que evolucionaban los actores. La noche era azulísima, las estrellas se abrían en el cielo como manos en remoto saludo. Hacía calor.

El segundo acto fue una etapa más hacia la consumación del sortilegio colectivo. Los mimos se distanciaron entre sí y cada uno se atribuyó una porción del público. Un primer mimo, de pie sobre una baldosa clara, comenzó un simulacro de nado, dando enérgicas brazadas e inclinando la cabeza hacia un lado cada cuatro brazadas para tomar aire, y si digo para tomar aire no es porque intente explicar su mímica, sino porque a todos los que lo veíamos no nos cabía ninguna duda de que ese hombre estaba realmente -sí, realmente- cruzando a nado un espejo de agua, como tampoco dudábamos de que otro de los mimos estuviera andando en bicicleta, aunque permaneciera en el mismo lugar y sólo la posición y el movimiento de su cuerpo nos hiciesen "ver" la bicicleta, o "ver" con la misma certidumbre la ruta que se abría a cada paso del que simulaba ser un maratonista y corría y corría sin salir de su baldosa, creyéndose tan atleta como esquiador se creía el otro mimo, el que bajaba a toda velocidad la pendiente nevada y eludía con temeridad los pinos que obstaculizaban su rauda descenso. El que algunas personas de las primeras filas comenzaran a sudar como si ellas mismas estuvieran haciendo deporte, y se aligeraran de ropas hasta donde la buena costumbre lo permitiera, me pareció absurdo hasta que yo mismo sentí el calor de mi cuerpo en movimiento, mientras un viento frío me alborotaba el pelo, y aunque yo renegaba de semejante disparate debí asumir la postura corporal del mimo que estaba más cerca de mí e imitar los movimientos de sus brazos y piernas, porque era el único modo de seguir bajando la montaña sano y salvo, sin caer de cara a la nieve o estrellarme contra uno de los árboles que subían veloces por la ladera. ¿Dónde estoy?, ¿qué está pasando?, ¿es esto un sueño o qué? son preguntas que ahora pienso que debería haberme hecho en aquel momento, pero además de que no les hubiera encontrado una respuesta racional, tampoco tuve tiempo de formulármelas; tan vertiginosamente sucedieron las cosas. Cuando el suelo finalmente se volvió horizontal y me encontré en el medio de un valle nevado, con cada latido el corazón se me salía del pecho, pero

la perplejidad duró lo que demoró el mimo en sacarse los esquís y reunirse en el centro del patio con el que recién había salido del agua, con el que ahora bajaba de la bicicleta y se acercaba y con el que volvía triunfante de la maratón, y aunque ninguno de ellos tuviera ni esquís ni antiparras ni bicicleta ni zapatillas, todos ya los sabíamos capaces de hacer con su cuerpo cualquier disciplina y, lo que era menos creíble, capaces de hacernos hacer a nosotros cualquier cosa, nosotros que nos sacudíamos unos la nieve de la ropa, otros que se volvían a poner la ropa que se habían sacado para nadar, aquéllos que jadeaban por los largos kilómetros de ininterrumpida carrera, y todos infantilmente excitados por la insólita experiencia y aplaudiendo eufóricos a los cuatro artífices de la maravilla.

El comienzo del tercer cuadro, que habría de ser el último, nos decepcionó un poco. Después de lo que habíamos vivido, ambicionábamos para el final la mayor sorpresa, la emoción cumbre. Sin embargo, los mimos le devolvieron a la noche la calma y se sentaron apacibles en el suelo cuadrículado. Pronto el público se contagió de su sosiego. Cada uno volvió a ser cada quien en el espacio de esa plaza, en el tiempo de esa noche de febrero y en la simple condición de turista entreteniéndose con una pantomima. Algunos aprovecharon el minuto de calma para tomarle a los artistas unas fotografías, y las cuatro sombras negras con los guantes blancos prestaron su armónica quietud a los relámpagos de las cámaras y su promesa de eternidad, con la grandiosa catedral como telón de fondo.

Uno de los mimos inventó un cigarrillo, una caja de fósforos, una llama, -todo imaginario, por su puesto, pero no invisible-, y tras encenderlo comenzó a fumarlo lentamente, con una vaga expresión de placer sensual en su perfil levemente altivo; los ojos entrecerrados, como si las chimeneas de humo le nublasen la mirada, y el disfrute del finísimo sabor del tabaco, el cual ya adivinábamos flotando en el aire. Otro de los mimos leía un libro que yo imaginé forrado en cuero de color verde y con *El Quijote* impreso en la tapa con letras doradas, pero que quizás la mujer que estaba al lado mío supuso un libro de horóscopos y el chico que estaba más allá una revista de historietas. Lo cierto -o lo desconcertantemente incierto- era que había tal fascinación en los ojos lectores del mimo, que todos leíamos con él, aunque cada uno una obra distinta. Otro

de los actores se sentó al volante de un automóvil velocísimo y lo condujo por una ruta desértica con el mar de un lado y el cielo anaranjado del atardecer del otro, escuchando por la radio una voz negra llorando un blues -aunque lo único evidente para todos, según los gestos del mimo, fuera el auto veloz, y el paisaje y la música los haya imaginado yo. El último de los mimos se dedicó a tantear paredes transparentes y a abrir y cerrar puertas y ventanas invisibles, porque ese mimo hacía de cuenta que era mimo, quizá para que nosotros nos sintiéramos mimos también. Entonces empezó a suceder lo que todos esperábamos que pasara, aquello por lo cual, aún sin saberlo, presintiendo sólo, acaso únicamente deseándolo, habíamos detenido nuestro paseo peatonal y ofrecido nuestra atención a esas cuatro caras blancas, y lo que queríamos que sucediera no era una ocurrencia improvisada en esa plaza, junto a esa iglesia, esa noche de verano; era lo que siempre habíamos querido, en lo más hondo de nuestro océano, en nuestro rincón de sombra, aquello que uno escribe en señal de protesta con aerosol rojo en algún muro interior, como para recordarle a la vida que nos está adeudando algo, casi siempre un imposible. Ese verano, esos mimos lo hicieron posible, y si hoy, al escribirlo, me sigue ganando el asombro, aquella noche, en cambio, me pareció totalmente coherente y natural que un chico remontase un barrilete parecido al sol, que un ciruja en harapos se sentara en un piano blanco de cola y tocara una música dulcísima, que una mujer petisa y gorda desfilara elegante y hermosa por una pasarela, envuelta en tules purpúreos, que un joven sobrevolara la plaza en ala-delta, que una poetisa cabalgara por una pradera azul montada en un unicornio, que un ex-combatiente izara la bandera de su país en unas lejanas islas blancas, o que una devota se arrodillara con los ojos ciegos de luz por estar viendo la cara de Dios. Si yo no creyera en lo que vivió aquella noche toda esa gente, también debería descreer de la puesta de sol en esa playa, de sus huellas de espuma junto a mis huellas, de los besos que se robaron las olas y hasta del recuerdo mismo de una mujer que pasó por mi vida sin que pudiera compartir con ella una puesta de sol frente al mar. Lo cierto es que cuando los mimos se marcharon de la plaza y se incorporaron a la noche como cuatro sombras más y la gente se dispersó feliz y el badajo de la gran campana de la catedral golpeó doce veces el bronce, yo todavía tenía arena en los zapatos y una bruma de sal en la mirada.



Alejandro Houpakis
3° año - Letras